

Un maquis transexual en la narrativa contemporánea: el caso de Florencio Pla Meseguer¹

Javier Alonso Prieto
Universidad de Valladolid

La fascinación que provoca lo ambiguo está presente en nuestro imaginario, en nuestra concepción esencialista de la realidad no encontramos lugar para lo que se escapa de nuestros parámetros y vemos que la razón deja paso a la estupefacción y a la imaginación. La marginalidad es una cuestión propia de la liminalidad, un territorio próximo pero oscuro que siembra dudas y alimenta la fantasía buscando soluciones. La ciencia tiene otros medios para atajar las fintas irracionales que discuten sus categorías, crea otras nuevas que lo acojan y lo sistematicen. La sociedad busca explicaciones a través del relato para integrar discursivamente lo que altera el supuesto *ordo naturalis*. Las personas con identidades sexuales cambiantes son pues un objetivo para esos dos creadores de inserción ontológica del individuo contemporáneo. La literatura, la ficción en este caso, acude para explorar el conjunto de todo ello y dotarlo de otra dimensión. Por eso, a través del análisis comparativo de dos novelas, se puede entrever las consideraciones sociales y científicomédicas que conforman la condición transexual de un guerrillero antifranquista en la Sierra del Maestrazgo en los años 50 del pasado siglo. La recepción del caso tendrá diferentes hitos temporales: en su momento a través de la prensa y la literatura oral, en 1978 con la novela *La Pastora: el maqui hermafrodita* de Manuel Villar Raso, en 2009 con la monografía periodística *La Pastora. Del monte al mito* de José Calvo Segarra y en 2011 con la novela *Donde nadie te encuentre* de Alicia Giménez Bartlett.

La cuestión intersexual² nos sumerge de cabeza en la cuestión médica, más concretamente en la medicina sexual, como campo interdisciplinar que alberga en su paraguas a la ginecología-obstetricia, a la endocrinología, a la anatomía fisiológica, a la psicología clínica y a la psiquiatría. La cuestión cultural es mucho mayor, pues se pone en duda todo el sistema heteronormativo³, y, aunque este no es el lugar para hacer un estudio exhaustivo de la misma, conviene realizar un repaso aproximativo que nos permita vislumbrar el marco teórico cuando nos aproximamos desde la Literatura Comparada a la permeabilidad social de un caso como el de Florencio Pla Meseguer de importante impacto mediático-social.

¹ Proyecto "Retórica constructivista: discursos de la identidad" (FFI2013-40934R; 2014-17; <http://cei.udc.es>).

² El término intersexual es el más aceptado hoy en día, tanto por los colectivos LGTBI (Lesbianas, Gays, Transexuales, Bisexuales e Intersexuales) como en la comunidad sociosanitaria, para referirse a las personas que presentan anatómicamente variaciones genitales consideradas ambiguas o confusas. Aunque en el pasado ha habido investigadores médicos que utilizaron ese término para referirse a homosexuales y bisexuales, a partir de los años 20, entre la población científico médica, la palabra intersexual empezó a prevalecer frente a hermafrodita. En el origen podemos encontrar a Richard Goldschmidt quien en 1917 publicó el artículo "Intersexuality and the Endocrine Aspect of sex" en la revista *Endocrinology*.

³ Heteronormatividad fue acuñado por Michael Warner en 1993 para referirse a la autoconsideración, por parte de la cultura heterosexual, como algo natural, una estructura inevitable de la sociedad. Heteronormatividad será el complejo social, político, legal, económico y sistema cultural que conjuntamente constituye la primacía, normalización y dominio de la heterosexualidad. Sus palabras para definirlo son "the elemental form of human association, as the very model of inter-gender relations, as the indivisible basis of all community, and as the means of reproduction without which society wouldn't exist" (Warner xxi)

Del mito al monstruo

En este sentido, nos referiremos al estricto marco teórico-histórico occidental de raigambre grecolatina y judeo cristiana, sin hacer referencia a la multiplicidad cultural en la que vivimos hoy en día gracias a la sociedad globalizada en la que el continuo de flujo de información sobrepasa con creces las migraciones físicas a lo largo del planeta. Así, al margen de todas las otras aproximaciones que desde la Antropología refuerzan el origen cultural del género y nos muestran que el binarismo genérico en el que nosotros vivimos no representaría sino a un tercio de la población mundial, las personas intersexuales están en nuestra cultura desde su cimentación en la filosofía clásica. Platón, en su diálogo *El Banquete*, en su desarrollo ontogenético del amor, nos presentaba a los hermafroditas, como personas con doble atribución genital, sexual y genérica: “El andrógino, en efecto, era entonces una cosa sola en cuanto a forma y nombre, que participaba de uno y de otro, de lo masculino y de lo femenino, pero que ahora no es sino un nombre que yace en la ignominia” (Platón, 220). Constituirían la teoría del amor del tercer género, origen y fin de muchas parejas quienes a través de su unión reencontrarían su pasado como un único individuo y doble atribución sexual.

En las *Metamorfosis*⁴, de Ovidio, la figura mítica del intersexual o hermafrodita sigue reforzándose. En este caso se hablará de Hermafrodito, hijo resultante de la unión de Hermes y Afrodita. Éste, violado al bañarse por la náyade Sálmacis, fusiona su cuerpo con la ninfa, quedando transformado:

Los cuerpos mezclados de los dos se unen y un solo aspecto los cubre; [...] cuando los cuerpos se han unido en un apretado abrazo no son dos sino una figura doble, de modo que no puede ser llamado ni mujer ni joven y no parece ni uno ni otro y parece uno y otro. Hermafrodito ve que las transparentes aguas, en las que se había sumergido como hombre, lo habían convertido en mediod hombre y contempla sus miembros debilitados en ellas. (Ovidio, 329)

Más tarde, en la medicina de Galeno no se distinguían las gónadas masculinas de las femeninas más que por su localización, y esta teoría físico-médica prevalecerá hasta finales del siglo XVIII. Con el triunfo del cristianismo y el transcurso histórico en la Edad Media, la moral se volvió mucho más rígida y se emparentó con la naturaleza como divinidad absoluta. En este sentido, todo aquello que divergía o que podía resquebrajar el orden social será considerado como contra natura. En la Edad Moderna, el sexo responderá únicamente a fines reproductivos, de tal modo que tanto los homosexuales como los individuos intersexuales quedaban fuera del orden natural por no poder cumplir con tal propósito y eran tratados como aberraciones o monstruos.

El monstruo es aquel que escapa de la norma, aquel que no queda reflejado en la categorización biologicista que impone la sociedad; desde Aristóteles hasta Linneo, el ímpetu por ordenar los seres vivos llevaba como correlato un intento por controlar el orden social. La armonía de la naturaleza no podía tener resquicios; entonces, aquellos individuos que no entraban en la definición eran descartados y señalados por su monstruosidad y su ataque a la naturaleza. Esta supuesta resistencia, o atentado, a la naturaleza serviría tanto para su denuncia como para su marginación. El monstruo es expulsado de la sociedad al no respetar las leyes naturales.

En este punto hemos de detenernos y pensar si no estamos claramente ante una construcción cultural de la naturaleza. Montaigne, en sus famosos *Essais*, vio ciertamente un problema de orden ontológico: si la naturaleza es todo, ¿cómo puede

⁴ Libro IV, 272-388.

haber algo que se escape de ella? Tanto en su capítulo dedicado a “Des boyteux” (XI) como en el capítulo XXX “D'un enfant monstrueux”, Montaigne defiende que todo ser vivo es por definición natural y que la supuesta acusación de contranatura, extranatural o sobrenatural no tendría ningún sustento posible, ni desde un punto de vista ontogenético ni tampoco lingüístico. Su posición de partida es muy parecida a la de cualquiera que hoy en día se aproxime al tema “car je laisse aux medecins d'en discourir.” (Montaigne, 712) Ante todo la mirada de la medicina como continuadora del espíritu taxonomista de la biología, pero luego desmiente claramente el término monstruo y contra natura:

Ce que nous appellons monstres, ne le sont pas à Dieu, qui voit en l'immensité de son ouvrage, l'infinité des formes, qu'il y a comprises. Et est à croire, que cette figure qui nous étonne, se rapporte et tient, à quelque autre figure de même genre, inconnu à l'homme. De sa toute sagesse, il ne part rien que bon, et commun, et réglé : mais nous n'en voyons pas l'assortiment et la relation. *Quod crebo videt, non miratur, etiam si, cur fiat nescit. Quod ante non vidit, id, si evenerit, ostentum esse censet.* Nous appellons contre nature, ce qui advient contre la coustume. Rien n'est que selon elle, quel qu'il soit. Que cette raison universelle et naturelle, chasse de nous l'erreur et l'estonnement que la nouvelleté nous apporte. (Montaigne, 712)

Apela, pues, a un juicio universal que ha de legitimar como natural (u obra de dios, entendiendo su equiparación, del mismo modo que lo hicieron siglos más tarde Sade y Lautréamont). Pero aun dentro de ese paradigma, es capaz de mostrarnos ya ciertos aspectos de un relativismo cultural *avant la lettre* que delimita a la perfección lo que a nosotros aquí nos ocupa: la monstruosidad:

Combien de choses appellons nous miraculeuses, et contre nature? Cela se fait par chaque homme, et par chasque nation, selon la mesure de son ignorance. Combien trouvons nous de propriétés occultes et de quintessences ? car aller selon nature pour nous, ce n'est qu'aller selon nostre intelligence, autant qu'elle peut suivre, et autant que nous y voyons : ce qui est audelà, est monstrueux et desordonné. (Montaigne, 526⁵)

Así pues, ha de quedar claro que la noción de monstruo, no es sino una consideración cultural que hace referencia a aquello que escapa a lo conocido, la costumbre o la cotidianeidad, pero cuya legitimidad no ha de ponerse en entredicho. En este sentido Jeffrey Jerome Cohen⁶ nos dice “The monster is best understood as an embodiment of difference, a breaker of category, and a resistant” (Cohen, X). Está fuera de las categorías, es un *hors norme*, y esto nos lleva a la liminalidad, en tanto que muestran un rechazo por insertarse las clasificaciones que manifiestan el “natural orden de las cosas”. Así, de forma general Cohen escribe: “they are disturbing hybrids whose externally incoherent bodies resist attempts to include them in any systematic structuration. And so the monster is dangerous, a form suspended between forms that threatens to smash distinctions.” (Cohen, 6). Ya percibimos claramente el «peligro» del monstruo, su marginación está emparejada a una amenaza: nuestra instalación en el

⁵ Capítulo XII Apologie de Raimond de Sebonde.

⁶ Coordinador del proyecto de investigación: Sex, Monsters, and the Middle Ages.

mundo⁷. El *outsider*, el otro o el diferente son odiados y temidos al mismo tiempo, aunque el punto de partida en este caso sea una diferencia biológica, en tanto que intersexual, el alcance de la misma va más allá: “Any kind of alterity can be inscribed across (constructed through) the monstrous body, but for the most part monstrous difference tends to be cultural, political, racial, economic, sexual.” (Cohen, 7)

De este modo, no podemos sino pensar en la biopolítica de Michel Foucault, la utilización del control corporal para el control social:

The monster is a powerful ally of what Foucault calls “the society of the panopticon”, in which “polymorphous conducts (are) actually extracted from people's bodies and from their pleasures... (to be) drawn out, revealed, isolated intensified, incorporated, by multifarious power devices. (Cohen, 15)

En última instancia, este control social es el que determina las consideraciones culturales en torno a la supuesta normalidad y monstruosidad. De la necesidad de mantener la cohesión social y la sumisión de los individuos, nace el control que el poder ejerce sobre el cuerpo determinando lo que es legítimo e identitario y lo que no lo es y además ataca al conjunto social. Los individuos considerados monstruosos, como sería el caso tanto de los intersexuales y transexuales como de las mujeres selváticas, se escapan de la norma y son considerados en su diferencia como sedicionistas que hay que mantener al margen de la sociedad para que esta no se vea debilitada por la alteridad que muestran. Su territorio será pues el de la liminalidad propuesta por Turner (1988) en su artículo “Liminalidad y Communitas”, la de los desclasados, la de aquellos que viven más fuera que dentro de la sociedad, a los que se teme, pero al mismo tiempo se admira y se desea tanto por su diferencia como por la capacidad que tienen para desafiar el orden establecido.

El monstruo se hace ciencia: la teratología y los freaks

En el siglo XIX, con el triunfo del positivismo y de todas las ciencias en general, el supuesto halo de misterio y atribuciones sobrenaturales que se atribuían a los cuerpos subalternos quedará desterrada en favor de una nueva ciencia, la teratología. Convirtiendo a sujetos patológicos a todos aquellos que se salían de la norma, en nuestro caso, del binarismo genital. Se pasa del asombro y la curiosidad al error. Siguiendo las investigaciones de Laqueur, quien afirma que hasta finales del siglo XVIII no se distinguía genitualmente al hombre de la mujer, y que un sistema monosexual había funcionado hasta entonces. Se podría añadir que a partir de aquel momento se desarrolla y se consolida el sistema binario, que lleva a los médicos y fisiólogos a establecer diferencias absolutas e irreductibles entre los sexos masculinos y femeninos.

Los científicos de finales del siglo XIX se dieron cuenta que en realidad, el tan ansiado hermafrodita verdadero no existía en el género humano como se entendía en el reino animal y vegetal. No había individuos con doble aparato reproductor, no había personas que fueran al mismo tiempo macho y hembra, sino que no se podían identificar

⁷ Aunque este no será el lugar para hacer una aproximación desde el existencialismo y la fenomenología, parece un camino claro que podemos trazar desde las profundidades del bosque heideggeriano hasta las posiciones más conocidas de Sartre y Camus o las distintas propuestas fenomenológicas de Husserl y Merleau Ponty. La primera aproximación es ver en qué medida atenta contra nuestro ser en el mundo el hecho de saber que hay otras formas de hacerlo, esta postura quizás sea menos interesante, que la que se centra en el “monstruo” y cómo se sienten aquellas personas que excluidas de la sociedad y su “natural orden de las cosas”. A este respecto, son muy interesantes los relatos de vida que realizan los transexuales apoyándose en los relatos clásicos ligados a los monstruos de las metamorfosis. (Fremi 2015).

ni con lo uno ni con lo otro. De nuevo utilizaron la palabra monstruo⁸ para definir a los intersexuales, pues no concebían que algún ser humano pudiera escapar de su diferenciación entre varones y hembras.

En ese momento se desarrolla la teratología como disciplina que va a clasificar los monstruos que creía encontrar la anatomía médica y biológica. Esta taxonomía será excluyente y despoja a los sujetos que presentan variaciones anatómico fisiológicos, sean de carácter genital o no, de la condición de humanos. Esto propiciará la aparición en la era victoriana de los espectáculos de *freaks*, auténticos circos humanos producto del positivismo decimonónico y el colonialismo evolucionista europeo. Entre estos *freaks*, se encuentran individuos intersexuales: “The person who is legless, unusually hirsute, hermaphroditic, and so on, is subsumed within the totalizing identity of “freak.”” (Hurley, 183)

Es evidente la continuidad del pensamiento de Montaigne para explicar esta segregación, pues investigadores del fenómeno *freak* lo entienden desde una perspectiva eminentemente cultural desterrando las justificaciones naturalistas:

Enfreakment emerges from cultural rituals that stylize, silence, differentiate, and distance the persons whose bodies the freak-hunters or showmen colonize and commercialize. Paradoxically, however, at the same time that enfreakment elaborately foregrounds specific bodily eccentricities, it also collapses all those differences into a “freakery,” a single amorphous category of corporeal otherness. By constituting the freak as an icon of generalized embodied deviance, the exhibitions also simultaneously reinscribed gender, race, sexual aberrance, ethnicity, and disability as inextricable yet particular exclusionary systems legitimated by bodily variation- all represented by the single multivalent figure of the freak. Thus, what we assume to be a freak of nature was instead a freak of culture. (Thomson, 10)

La dicotomía entre naturaleza y cultura está siempre presente en las cuestiones LGTBI, pero, según Dreger, cobra especial relevancia en los hermafroditas:

The battle over the “nature” of males and females affected the biomedical treatment of hermaphrodites. Hermaphrodites were repeatedly construed by medical and scientific men so as to reinforce primarily what they threatened most: the idea that there was a single knowable, male or female “true” sex in every human body. (Dreger, 44)

La biopolítica o el individuo como espécimen médico burocrático

En *La volonté de savoir*, el primer volumen de su *Historie de la sexualité*, Foucault señalaba que la civilización occidental no poseía un *ars erotica*, como sí era el caso de otras culturas, que basara su verdad en la experiencia del placer. Por el contrario, nosotros padecíamos una *scientia sexualis* que indicaba la verdad. Y la verdad del sexo, durante muchos siglos, sólo se conocía mediante la confesión. El control social del cuerpo, la invasión de la intimidad, se proyectará como una necesidad ineludible de orden científico, como lo son las verdades establecidas tanto por la profesión médica como por la investigación científica y sus principios de realidad. En este sentido el

⁸ En el libro de Alice Domurat Dreger encontraremos una cita de Garnier Pierre en *Annales d'hygiène publique et de médecine légale* (1885) donde tras negar la posibilidad de hermafroditismo auténtico en el ser humano, como lo hay en otros seres vivos dirá: “Instead of being at once man and woman, it is neither one nor the other; it is neuter, or rather a monster.” (Dreger, 150)

discurso médico es el que establece las posibilidades ontológicas y existenciales. El cuerpo pasa a ser alienado, puesto al servicio de la medicina. Con la inspección genital infantil se persigue la homogeneización de la sociedad a través del dimorfismo sexual. El médico actúa como un sexador de pollos en la cadena de montaje, según el papel que le corresponde en la taylorización de la medicina como vigilante del capital humano que representamos los seres humanos, en tanto que obreros y consumistas desde el advenimiento de la sociedad industrial y su paulatina transformación en sociedad de consumo.

Para Foucault, la homosexualidad y todas las sexualidades divergentes de la heteronormatividad tendrán su origen precisamente en el siglo XIX, evidentemente ya existían, pero es cuando estos sujetos subalternos empiezan a tener conciencia de sí mismos:

Or, l'apparition au XIXe siècle, dans la psychiatrie, la jurisprudence, la littérature aussi, de toute une série de discours sur les espèces et sous-espèces d'homosexualité, d'inversion, de pédérastie, d'« hermaphrodisme psychique », a permis à coup sûr une très forte avancée des contrôles sociaux dans cette région de « perversité » ; mais elle a permis aussi la constitution d'un discours « en retour » : l'homosexualité s'est mise à parler d'elle-même, à revendiquer sa légitimité ou sa naturalité » et souvent dans le vocabulaire, avec les catégories par lesquelles elle était médicalement disqualifiée. (Foucault 1976, 134)

Foucault se torna necesario en una investigación como la que nos ocupa, no sólo por su *Historie de la sexualité* que desde el postestructuralismo ha sentado unos asideros intelectuales fundamentales para el posterior desarrollo de la teoría Queer, sino por su recuperación de las memorias de Adélaïde Herculine Barbin. Se trata de la presentación de un diario manuscrito encontrado en 1868 en la casa, en el barrio latino de París, del joven ferroviario Abel Barbin, tras su suicidio. Estas memorias fueron publicadas por primera vez en 1874, en París, dentro de la monografía *Question médico-légale de l'identité dans ses rapports avec les vices de conformation des organes sexuels*, bajo la autoría del doctor Ambroise Tardieu, quien narra las circunstancias del hallazgo y lo incluye dentro de sus casos de estudio y el filósofo francés las vuelve a editar en 1978.

Foucault, en el prólogo que firma en la edición en castellano, aprovechó estas conmovedoras e ilustrativas memorias de Adélaïde Herculine Barbin para reforzar su teoría de la biopolítica ligada a la ciencia sexual. La moral se encuentra detrás de los problemas que padeció la maestra Barbin, pues era una mujer trabajadora y con un entorno socio emocional estable que incluía una relación de pareja con otra mujer y compañera de trabajo en la escuela. Unas molestias provocadas por una hernia inguinal descubren su genitalidad y la autoridad médica junto a la eclesiástica deciden que ha de cambiar su género en el registro civil y emprender una nueva vida. Las relaciones de poder que atribuye Foucault al control de la moral están aquí presentes y el testimonio que nos deja Adélaïde Herculine Barbin es devastador y tiene un final terrible. Impacta sobremanera que la propia Adélaïde fuera consciente de las repercusiones científico-médicas que conllevaba su cuerpo, sabía que el destino de este no lo tenía ella entre sus manos sino que sería presa de los facultativos de la medicina:

Ce jour arrivé, quelques médecins feront un peu de bruit autour de une dépouille, ils viendront en briser tous les ressorts éteints, y puiser de nouvelles lumières, analyser toutes les mystérieuses souffrances amassées sur un seul être. Ô princes de la science, chimistes éclairés, dont les noms retentissent dans le monde, analysez donc, s'il est possible, toutes ses dernières fibres ; toutes ses

larmes brûlantes qui l'ont noyé, desséché sous leurs sauvages étreintes! (Barbin, 81)

El control sobre el cuerpo escapa al individuo y es el poder el que a través de sus mecanismos médico legales decide la identidad de género de los sujetos. Para Foucault esto es debido a que a partir del siglo XIX no se tolera más la figura del hermafrodita como se venía haciendo hasta entonces⁹, no se concibe que pueda haber una ambivalencia sexual o indefinición genital que provoque en los individuos la elección de un género u otro. La autoridad médica es la que tras una exploración genital del infante la que ha de desentrañar, establecer y certificar el “sexo verdadero” así como una sexualidad conforme al mismo que tenga como objeto la reproducción. La modernidad mejora el control de los individuos gracias al avance del positivismo científico y el aparato burocrático legal del estado.

En la edición española *Herculine Barbin llamada Alexina B.*, preparada por Antonio Serrano, hay dosieres médicos relativos al examen que provocó su cambio de estado civil y su estudio post mortem, siendo espécimen vivo y espécimen muerto, como le gusta recordar a la historiadora de la ciencia Alice Domurat Dreger. E. Goujon en su “Estudio de un caso de hermafroditismo imperfecto en el hombre” nos dirá lo siguiente sobre el primer informe forense que se realizó a Adélaïde Herculine Barbin cuando apenas tenía 30 años:

Entre las cuestiones médico-legales que puede planear una observación semejante a la de Alexina, se encuentra aquella que pide al experto que se pronuncie sobre la aptitud para el matrimonio y la reproducción. Responder a tal pregunta le pone seguramente en un aprieto, pero yo no creo que, después de un examen serio de los órganos genitales, se encuentre autorizado para responder negativamente en uno y otro caso. (Serrano, 150)

Los médicos conciben el cuerpo al servicio de la sociedad y la moral imperante frente a la autonomía individual y la libre elección del individuo. La idoneidad anatómica no sólo es el fundamento de las personas de una forma esencialista y totalizadora, sino que además esta va a estar definida por su funcionalidad procreadora. Haciendo gala de un determinismo biologicista que reduce al ser humano a dichas funciones y excluye por tanto a los que no cumplen esos supuestos criterios naturalistas. Sin duda se entiende perfectamente que la ciencia anatómica de paso a la teratología y a la aparición de los gabinetes de curiosidades y espectáculos de *freaks* en las sociedades modernas.

⁹ A este respecto, en esa misma introducción Foucault nos dirá: En la Edad Media, las reglas del derecho -canónico y civil- eran sumamente claras sobre este punto: eran llamados hermafroditas aquellos en quienes se yuxtaponían, según proporciones que podían ser variables, los dos sexos. En este caso, correspondía al padre o al padrino (es decir, a aquellos que nombraban al niño) determinar, en el momento del bautismo, el sexo que iba a mantenerse. Llegado el caso, se aconsejaba escoger el sexo que parecía predominante, aquel con “*le plus de vigueur*” o “*le plus de chaleur*”. Pero más tarde, en el umbral de la edad adulta, cuando se aproximaba el momento de casarse, el hermafrodita era libre de decidir por sí mismo si quería continuar siendo del sexo que se le había atribuido o si prefería el otro. La única condición impuesta era la de no cambiar nunca más, y mantener hasta el fin de sus días lo que entonces había declarado, bajo pena de sodomía. Fueron estos cambios de postura y no la mezcla anatómica de los sexos los que acarrearón la mayoría de las condenas a hermafroditas que han dejado huella en Francia, durante la Edad Media y el Renacimiento. (Foucault, 12)

Autodeterminación y performativismo

La teoría Queer, con Butler a la cabeza y su *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*¹⁰, manifiesta que las divisiones de género no son más que un producto social. Ser mujer u hombre no es más que el resultado de un acto cultural y performativo: de cómo andas, vistes, hablas y actúas. Esto es fruto del constructivismo social, dejando de lado las cuestiones anatómicas, fisiológicas y cromosómicas que no siempre serán determinantes. Las personas intersexuales y transexuales pueden elegir de forma autónoma su adscripción genérica y empezar a comportarse como tal. Estas teorías son las que han tenido más aceptación entre las asociaciones LGTBI¹¹, familiares de menores transexuales¹², sujetos afectados y las unidades de tratamiento de género de varias consejerías de sanidad en el estado español. El camino no es fácil y en muchas ocasiones las prescripciones de la OMS son desobedecidas y la legalidad española vigente es bordeada para poder satisfacer las necesidades de sus usuarios. La autoridad médica se ve desdoblada, ejerce como tal desde las instituciones y organismos internacionales y tiene una gran ascendencia sobre la población en general y los profesionales de la medicina en particular; pero mientras tanto hay grupos de médicos que, de la mano de las personas transexuales y sus familiares, deciden llevar un camino independiente, trabajando desde esas unidades de intervención, que no realizan un seguimiento patológico de la transexualidad sino que acompañan su proceso de cambio de identidad.

Como bien sabemos, gracias a la teoría de los paradigmas científicos de Kuhn, la verdad científica es cambiante y depende tanto del marco epistemológico social del momento como del desarrollo tecnológico. La verdad médica también cambia y los conceptos de hermafrodita verdadero, pseudohermafrodita e intersexual son prueba de ello. Asimismo el hermafrodita ha pasado de ser mitológico a un monstruo, de tener ambas atribuciones sexuales a tener ninguna, de tener una sexualidad voraz a ser considerado como asexuado. Se pueden también apreciar estos cambios en la historia reciente: la homosexualidad dejó de ser considerada una enfermedad mental por las autoridades médicas en 1990, a partir de la OMS y su CIE-10. En el caso de la transexualidad se está asistiendo a un tránsito constante, según informaciones aparecidas en la prensa.¹³ En la nueva clasificación de enfermedades establecida por la OMS para 2018 (CIE-11), la transexualidad perderá la condición de trastorno de identidad de género que le otorgaba la clasificación CIE-10 de 1990. A partir de esta CIE-11, dejará de ser considerada un trastorno de la personalidad y el comportamiento y pasará al apartado de condiciones relativas a la identidad sexual, bajo el término “incongruencia de género”. De nuevo, las autoridades y la legislación van a la zaga de la sociedad. Es esencial esta despatologización de los transexuales para que ningún

¹⁰ “The presuppositions that we make about sexed bodies, about them being one or the other, about the meanings that are said to inhere in them or to follow from being sexed in such a way are suddenly and significantly upset by those examples that fail to comply with the categories that naturalize and stabilize that field of bodies for us within the terms of cultural conventions” (Butler, 110)

¹¹ Conviene destacar la reciente inclusión de la sigla I para referirse a la población Intergénero que tanta presencia tiene en los medios y repercusión social en la población tanto de exclusivamente como con los Transgénero con los que comparte parte de su situación.

¹² Chrysallis, asociación de familias de menores transexuales, es un caso de referencia en el estado español y en la Unión Europea, plantean evitar la cirugía genital en los primeros meses de vida y dejar que el niño tome la decisión conforme a la expresión de género que adopte según vaya creciendo.

¹³ http://www.eldiario.es/sociedad/OMS-considerar-transexualidad-trastorno-condicion_0_607189929.html Consultado 22/03/2017.

profesional de la medicina pueda escudarse en la OMS para considerarlo enfermedad.¹⁴ Sin embargo, el organismo internacional aún no está a la altura de las prácticas reales que realizan desde hace tiempo algunas unidades de género,¹⁵ donde equipos formados por especialistas médicos, psicólogos y trabajadores sociales hacen caso omiso de las indicaciones del CIE-10 y no exigen diagnósticos psiquiátricos. Su apuesta es por el derecho a la elección del género. Esta autodeterminación¹⁶ se inicia simplemente por la manifestación por parte de la persona y es acompañado de un tratamiento foniatra, de un tratamiento hormonal y un tratamiento quirúrgico genital siempre y cuando el individuo los considerase necesarios para su nueva identidad sexual.

Un maquis transexual en la literatura en castellano

Este brevísimo estado de la cuestión permite establecer las bases teóricas para examinar en detalle las dos novelas que nos ocupan y que de forma singular se adentran en el universo transexual a través del caso de Florencio Pla Meseguer, conocido como La Pastora.

En la primera de ellas, *La pastora: el maqui hermafrodita*, que data de 1978, Manuel Villar Raso aprovecha el cambio político para publicar una novela que ya desde su título apela a la disidencia social, al aunar la divergencia política y sexual. Este ímpetu del novelista va acompañado de una portada que busca ahondar en la supuesta doble atribución sexual Florencio Pla Meseguer: nos presenta un retrato de su etapa como Teresa enmarcado en un círculo dividido en dos secciones. La parte derecha está coloreada en azul y la izquierda en rosa. En él, integra tanto los símbolos de hombre y mujer (sin duda, una curiosa aproximación extemporal del signo con el que se identifica la población *queer* hoy en día). Por lo tanto, ya antes de abrir el libro se vislumbra una serie de presupuestos ligados a la ambivalencia de género por parte de los intersexuales, ignorando la determinación última de Florencio como transexual al exigir una identidad masculina. En la reedición del mismo, ya en el año 2011, Manuel Villar Raso acorta esta vez el título de su obra y la llama sucintamente *La Pastora*. La imagen de la portada ya no corresponde al pasado femenino del protagonista, sino que es una composición fotográfica de época, donde la imagen superpuesta de una mujer y un hombre apuntando con un fusil destaca sobre unas lomas. Este cambio sin duda se hace al calor de los focos desplegados por la maquinaria editorial y periodística tras la obtención del Premio Nadal de ese año por parte de Alicia Giménez Bartlett con *Donde nadie te encuentre*, segunda novela que dramatiza la vida de Florencia Pla. El título *Donde nadie te encuentre* no explicita, como la anterior, el contenido de la obra, aunque evidentemente sugiere la huida y la vida proscrita que llevó el protagonista. Esta vez tampoco la portada anuncia el tema tratado, simplemente elige un retrato de época de un

¹⁴ Lucas Platero, en una entrevista para *La Haine*, manifiesta la vulnerabilidad que sufren los transexuales en las consultas médicas al ser considerado como enfermedad mental: “Cuando vas al médico y te dicen que esto es una enfermedad, cuando la legislación sólo lo reconoce como enfermedad... tienes que ser muy valiente para ser capaz de cuestionar esto.” Texto completo en: <http://www.lahaine.org/lucas-platero-quot-seguimos-concibiendo> Consultado 22/03/2017.

¹⁵ Como podría ser el caso de las de la Comunidad de Madrid o Valencia o del equipo Trànsit* de la Generalitat de Catalunya.

¹⁶ En Valladolid en las primeras “Jornadas sobre Transexualidad: una mirada sistémica” organizadas por la Fundación Triángulo Castilla y León y la facultad de Educación de la Universidad de Valladolid, el día 13 de marzo Marcelino Gómez Balaguer, médico endocrinólogo y coordinador de la Unidad Multidisciplinar de Atención a las Personas Transexuales de la Comunidad Valenciana, establecía que su Unidad se ponía en marcha en cuanto había una manifestación por parte de una persona interesada y que en ningún caso se trataba de forma patológica, su conclusión fue explícita al respecto: “La identidad de género no se diagnostica se autodetermina”

muchacho en escorzo con la mirada fija fuera de la cámara. Su apuesta es una clara defensa de la identidad de género asumida por Florencio sin dejar lugar ni a ambigüedades ni al morbo.

Aunque las novelas entran en el terreno de la ficción, no se debe olvidar la historia real de Florencio Pla que se encuentra detrás de estos títulos. Una historia sin duda magnificada y mitificada por la prensa de la época que le dibujaba como un monstruo sanguinario con fuerza sobrehumana y dudas sobre su género. Según los datos ofrecidos por la obra de José Calvo Segarra *La Pastora: del monte al mito*, que sirvió a Giménez Bartlett como documentación, podemos reconstruir y presentar aquí, de forma sucinta, un esbozo biográfico que nos permita entender mejor lo expuesto por novelas. En 1917 tras su nacimiento, Florencio, será inscrito como Teresa. La razón que a sus padres les lleva a elegir el género femenino es que, aunque tiene órganos genitales masculinos, se observa una disposición y fisonomía alejada de lo común, tratándose de una persona intersexual (o pseudohermafrodita masculina, si se utiliza la terminología de Hirschfeld, creador del Instituto para el estudio de la sexualidad en Berlín y autor de *Patología sexual*). Florencio es criado como Teresa, pero con la pubertad su figura y rostro se aproximaron más a los de un varón. Con el mote de “Teresot” los muchachos de los pueblos de su comarca se burlaban de su físico y condición de género. Acostumbrada desde niña al trabajo duro y la soledad de la pastora, vivió en el monte al cuidado de rebaños para diferentes masías. Aunque se encuentra a gusto con su situación, viviendo alejada de los núcleos de población y sin apenas contactos con la civilización, su fortaleza llama la atención en toda la comarca de los Puertos de Morella y en el Bajo Maestrazgo y en torno a ella siguieron creciendo los rumores sobre su genitalidad. Una vez terminada la guerra su conocimiento de la sierra y su soledad la convirtieron en una preciada aliada para la resistencia antifranquista cuando la Agrupación de Guerrilleros del Levante y Aragón pasa cerca de sus montes. Funcionó como un enlace de gran utilidad sirviendo a los guerrilleros como comendadora para adquirir productos de avituallamiento y proporcionarles refugio seguro. Su vinculación política no parece estar muy desarrollada, pero su compromiso era sincero y leal. Y así podría haber seguido. Sin embargo, en el año 1949, una humillación por parte de dos somatenes y seis guardias civiles, que la obligaron a desnudarse y mostrarles sus genitales, le empuja a acentuar tanto su rechazo de la vida en sociedad como su compromiso político. Se echa al monte, pasa a la lucha armada y vive en la clandestinidad junto a otros maquis de la ya referida Agrupación de Guerrilleros del Levante y Aragón. Este paso adelante tendrá mayores implicaciones, pues junto a su firme decisión de empuñar las armas para derrocar la dictadura fascista que los vencedores de la Guerra Civil habían impuesto, estará su autodeterminación para cambiar de género. Mudará sus ropas de mujer por otras de hombre, cortará sus largos cabellos y dejará de depilarse el labio para llevar bigote. Junto a esta transformación física ejecutará también un cambio de nombre, pasando a llamarse Florencio y utilizando como apodo “Durruti¹⁷”.

Desde comienzos del año 1949 hasta octubre del 50 permaneció en el grupo guerrillero referido, pero las bajas provocadas por los enfrentamientos con la Guardia Civil y el desamparo económico y armamentístico desde Francia provocaron la paulatina desintegración de las distintas partidas de maquis. En este momento, en el mes

¹⁷ Aunque la filiación de la Agrupación de Guerrilleros del Levante y Aragón era comunista y dependiente en un primer momento del Partido Comunista de España en Francia, Florencio elige como nombre de guerra el del célebre anarquista, un apodo muy popular entre las diferentes partidas de guerrilleros o maquis que combatían en la geografía española.

de octubre¹⁸ Francisco (el Rubio) y Florencio (Durruti) decidieron abandonar la debilitada estructura de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón y permanecer independientes con la inconclusa esperanza de hacer dinero para cruzar a Francia. Tras este periodo de actividad revolucionaria, Florencio permaneció en la clandestinidad en esos mismos parajes durante seis años más. Los cuatro primeros estuvo en compañía de Francisco (el Rubio). Ambos, tras una corta expedición a Andorra, vivieron escondidos la mayor parte del tiempo en una cueva. Mientras eran buscados y cercados por la guardia civil de la zona, subsistieron con algo de caza y recolección y cometiendo algún asalto para avituallarse simplemente, sin intención política ninguna. En 1954 resultó muerto Francisco en uno de estos asaltos, por lo que durante dos años Florencio vivió en la soledad más absoluta de su cueva. En 1956 decidió emprender viaje hasta Andorra, donde consiguió emplearse en labores del campo hasta su detención en 1960 y posterior extradición a España. En el año 1961 fue condenado a muerte, aunque su pena se conmutó por 30 años de reclusión. Tras ocho años de prisión en Valencia, cumplió el resto de su condena en el penal El Dueso (Cantabria) hasta el año 1977. Su paso por la cárcel no fue agradable y a su condición de preso político se le añadirá su transexualidad. Aun estando bajo el régimen penitenciario masculino, periódicamente debía acudir a un presidio de mujeres donde le proporcionaban ropas femeninas y era sometido a exámenes médicos¹⁹. Ya en libertad, pudo actualizar su documento nacional de identidad a su identidad masculina.

Este somero repaso a la vida de Florencio Pla dista enormemente de los relatos de vida de otros transexuales coetáneos. En Europa, la población intersexual estaba bajo supervisión médica y se realizaban operaciones y tratamientos de cambio de sexo desde los años 40 y profusamente a partir de la década de los 50²⁰. En el caso que nos ocupa, la singularidad rural de la región y el clima político vivido hicieron que su vida estuviera al margen de la medicina. Sin embargo, en las dos novelas escogidas sí se aprecia el influjo de la ciencia y práctica médica, aunque, como se explicita a continuación, de forma significativamente diferente.

Morbo y ambivalencia en *La Pastora: el maqui hermafrodita*

La primera novela, *La Pastora: el maqui hermafrodita*, parece anclada en la “era de las gónadas”,²¹ el autor nos dibuja un personaje protagonista que parece ser un

¹⁸ “El 7 de octubre de 1950 se consuma la deserción, al alcanzar el acuerdo entre ellos” (Calvo Segarra, 523)

¹⁹ Estos detalles sólo aparecen mencionados en el libro de Manuel Villar Raso, cuando en el último capítulo el narrado da un salto temporal desde el momento de la detención en Andorra (año 1960) hasta 1978 con Florencio en libertad. Narrativamente este capítulo tiene menos interés, pero sí que cuenta, quizás gracias al testimonio que le confió Marino Vinuesa, carcelero y amigo de Florencio (al que hospedó en su casa desde la salida de presidio hasta su muerte en 2004) las humillaciones que sufrió por parte del resto de presos cuando estos conocen su intersexualidad debido a los repetidos exámenes médicos de los que fue objeto: “A menudo se le veía ir de la cárcel de hombres a la de mujeres, donde se sometía a exámenes periódicos, reglamentarios antes de cada nuevo juicio, al no disponer la de hombres del personal especializado para su caso. Para entrar allí, lo vestían con las ropas apropiadas, ropas anchas en las que apenas sabía ya andar, que lo distanciaban sesenta años luz de lo que era.” (Villar Raso 2011, 194)

²⁰ “A finales de la década de 1940 y en la de 1950, los transexuales empezaron a hacerse visibles a través de su demanda de cambio de sexo y a partir de la publicidad que se hizo en torno a la transformación de George Jorgensen en Christine Jorgensen.” (Krikorian, 460)

²¹ Según Alice Domurat Dreger (139) la edad de las gónadas llega hasta 1915, cuando se empieza a tener en cuenta la información cromosómica. En esta época todavía se utilizan términos victorianos como sexo verdadero o hermafrodita real. Muchos de los médicos interesados en el hermafroditismo asociaban este a un deseo sexual exacerbado.

“verdadero hermafrodita” de los que buscaban los anatomistas decimonónicos, hasta tal punto que le concede un apetito sexual voraz²² como hacían algunos estudiosos hace dos siglos. Manuel Villar Raso nos presenta una visión tópica del hermafroditismo, incurriendo en simplismos morbosos que sólo buscan impactar en el lector. Muy lejos queda el posicionamiento del protagonista ni la problemática intersexual o de identidad de género. Asimismo, nos ofrece una caracterización de la ambivalencia de género arquetípica, complaciente con el *status quo* heteronormativo. Si en algún momento busca entender los problemas identitarios de Florencio lo hace únicamente en lo referente a su sexualidad, simplificando de nuevo la cuestión intersexual e incidiendo en el morbo fácil para el lector. A través de los relatos que va recogiendo el narrador en su visita al Maestrazgo, se nos dibuja una figura con una importante carga erótica que no mantiene la coherencia en el cambio de sexo que se nos relata, ya que aun teniendo la identidad masculina todo el mundo tomaba por una mujer. Desde el marco teórico expuesto se puede concluir que esta es una posición más próxima a los médicos victorianos que a los planteamientos postestructuralistas y feministas que se resisten la heteronormatividad. Se llega a representar un rol de género femenino anquilosado en la cultura binaria, que aún en una situación de excepción como es la clandestinidad revolucionaria seguía cumpliendo socialmente con el papel estereotipado de la mujer madre que cuidaba y mantenía el orden y la limpieza en el campamento, a la vez que se acostaba con toda la partida de maquis para que no desertaran:

Se dejaba tocar, no sé si como la puta más barata o como la madre más cariñosa con los hijos de sus entrañas. Cocinaba para todos, tejía, lavaba, animaba en su chozo a los que la soledad de los inviernos hería de muerte. En poco tiempo llegó a hacerse tan linda, femenina y comprensiva como la más bella mujer. (Villar Raso 2011, 22)

Desde un punto de vista narratológico, el relato está escrito en primera persona, a través de un alter ego del escritor que visita los parajes donde moró Florencio y recoge testimonios que luego nos presenta a modo de narrador omnisciente o testigo, según el caso. Cerca de la conclusión del libro, la ficción se sitúa en el presente, en 1978 (año de la publicación), para referir cómo el escritor se acercó al hogar de Florencio y cómo este, desde lejos, le indicó que no se acercase porque no iba a hablar. Una página antes le había negado su condición humana y sólo le concedía la voluntad de supervivencia. A este respecto se sincera y confiesa que le gustaría conversar con él sólo para entender su deseo sexual:

¿Qué es lo que puede enseñarme, me preguntaba, una persona que no ha hecho nunca el amor con una mujer y que ni siquiera puede hacerlo, a pesar de su insistencia en que a menudo se masturbaba? Quería en concreto que me explicara la clase de amor anfibio que había sentido al tocar a Carmen y su diferencia con el que le profesara un día a Francisco. Soñaba con caminar a su lado, con calar más allá de las apariencias, con hablar de tantas y tantas cosas como había compartido de su vida. Soñaba con que pudiera explicarme la relevancia especial del autosexualismo, hoy tan en boga. (Villar Raso 2011, 199)

²² A este respecto, aunque este no sea el lugar para presentar dicha investigación, cabe señalar la proximidad cultural con los retratos de serranas que durante la Edad Media aparecieron en la lírica y que tan hondo cuajaron en el imaginario popular de ciertas regiones montañosas de la península. Tanto la visión que presenta la prensa como esta novela de Manuel Villar Raso parecen ser herederas de dicha impronta cultural.

Sin embargo, a pesar de su indudable posicionamiento en el más anquilosado heteronormativismo patriarcal, en cuanto a la autodefinición de su identidad de género, Villar Raso sí que tiene una postura más próxima a los posicionamientos actuales en relación al transexualismo, y parece defender el poder del individuo para autodefinirse: “Ella no había elegido ser mujer, como no había elegido ser el ser más solitario de aquellas sierras.” (Villar Raso 2011, 88) No sólo es consciente de la importancia del acto performativo que le sirvió para cambiar de identidad, sino de los previos que tuvo que llevar a cabo para ser mujer:

Nadie la miraba como a una mujer, excepto cabrones como aquél que ya debería haberse resignado a las alteraciones de la carne. ¿De qué le había servido coserse el labio, depilarse, comprarse zapatos o cambiar su raído guardapolvo por un traje llamativo? (Villar Raso 2011, 88)

Asimismo, también tiene presente, como lo tiene la investigadora Alice Domurat Dreger (167), que la ambigüedad genital no representa un problema para el sujeto que la padece sino que es un problema de carácter socio cultural: “No había en la sociedad sitio alguno para un ser híbrido como Teresa, ni agradecimiento ni esperanza” (Villar Raso 2011, 41).

La ambivalencia de género con la que nos muestra Villar Raso a Florencio cuando era Teresa incide en que su comportamiento era “masculino” pese a vestirse como una mujer: “su figura era una pura delicia que quisieran para sí la mayoría de las mozas casaderas. Sus faldas eran tan largas como las de una monja y su vuelo tan suave que hacía volver la cabeza, silbar y temblar” (Villar Raso 2011, 15) Unas páginas antes nos había detallado los atributos y actos que la voz narrativa encuentra más próximos a su futura identidad masculina que a la que detentaba entonces como mujer:

Tenía manos de hombre, cuerpo de hombre y comportamiento de hombre. Como a los hombres, le gustaba el vino y las apuestas, amaba razonar con ellos (su voz tenía inflexiones de hombre) y, como a ellos, le fascinaba el campo donde hacía trabajos también de hombre. (Villar Raso 2011, 11)

Con estos presupuestos, en la parte central de la novela, se asiste al momento crucial: el momento de autodeterminación en el que Teresa pasa a ser Florencio. Es una escena que aparece en ambas novelas y que apenas difiere, y está también presente en la monografía periodística de Calvo Segarra. Aquí entran en juego los mismos aspectos performativos antes comentados: el pelo, la voz, las ropas y los andares. Una vez pide asilo a la partida de maquis de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, dice en voz alta: “No soy mujer”. Ante ello los guerrilleros se muestran comprensivos y le dicen que la solución es cambiar de ropa, se pone unos pantalones, y se le da otro nombre. Así ellos le llamarán Durruti y Teresa escogerá el nombre de Florencio. Tras ello se cortará el pelo que quemará en una hoguera junto a sus pertenencias de mujer: “Ya tenía una identidad, había enterrado definitivamente su vida antigua y, además, se llamaba Florencio [...] Al fin soy lo que siempre he querido ser” (Villar Raso 2011, 97)

Este acto performativo que se mantendrá en la novela como Florencio/Durruti tendrá sin embargo momentos en los que se referirá en femenino, sin respetar la coherencia de la historia ni la voluntad de identificación de género de Florencio. Además, de nuevo inquiere en la popular creencia de que las personas intersexuales o hermafroditas tienen una doble identidad de género y al no considerarlos ni hombres ni mujer lo relega al territorio de los monstruos:

Al sector le gustaba su jefe, mujer, se decía de un pez gordo, con más “güevos” que el Valencia. Discurseaba como un chantre, disparaba con precisión. Desde Agustina no se conocía igual, salvando a la Pasionaria, de la que por fuerza sería hermana. Más que mujer era una idea abstracta, un pensamiento al servicio de esfuerzos violento, una parodia de hembra, que no guardaba idea de lo que era una mujer por dentro. (Villar Raso 2011, 108)

Donde nadie te encuentre y la aproximación a un gender crossing tale

Alicia Giménez Bartlett presenta una novela más moderna, tanto en la estructura como en la aproximación a la transexualidad. *Donde nadie te encuentre* está protagonizada por un psiquiatra parisino de origen barcelonés, Lucien Nourissier, quien a través de las páginas de *La Vanguardia* conoce el caso de Teresa/Florencio Pla Meseguer, una pastora de la sierra del Maestrazgo que asumió una identidad masculina al unirse al maquis. Este médico psiquiatra está interesado por la naturaleza humana del crimen, y escribe una tesis doctoral sobre las relaciones entre la psicopatología y el crimen. Ante el retrato que la prensa ofrece de un maquis cruel y despiadado y del que no se tiene claro su sexo, decide incorporarlo a su corpus de investigación. El psiquiatra toma rumbo a Barcelona al encuentro del redactor del artículo y en su viaje al Maestrazgo se toparán con un transexual emboscado en la sierra.

Giménez Bartlett intercala dos niveles narrativos, el primero corresponde a un narrador omnisciente que se ocupa del viaje que emprenden juntos Lucien Nourissier y Carlos Infante y el segundo recoge las respuestas de “La Pastora” a la entrevista con el médico. En este último asistimos a un relato de vida de un maquis transexual, un caso de *gender crossing tale* como los que recoge la tesis doctoral de Fremi y que señala como uno de los procesos vertebradores de la asunción de una nueva identidad de género. Para lo que aquí nos interesa, nos vamos a quedar pues con esta parte de la novela para ver cómo la aproximación de Giménez Bartlett es más próxima a las teorías contemporáneas de intersexualidad y a las vivencias de las personas intersexuales y transexuales.

Lucien y Carlos se entrevistan con Florencio cuando lleva dos años en estricta soledad tras la muerte de su último compañero. Tras unas pocas líneas resume su condición de transexual: “Entonces era una niña, pero ahora soy un hombre, ustedes ya lo ven, un hombre de verdad.” (Giménez Bartlett, 48). Nos narrará su infancia, cómo era llamada Teresot por la fuerza que tenía y porque su comportamiento era más parecido al de un niño que al de una niña. Eso le supuso marginación por parte de otras niñas y momentos de acoso físico por parte de los niños: “Teresot, Teresot, ¿qué tienes entre las piernas? Enséñanoslo” (Giménez Bartlett, 81) Sus propias hermanas participarán del mismo, lo que supondrá que salga pronto del hogar familiar para evitar la violencia doméstica que padecía por su condición. Ella misma dice que era consciente y con estas palabras la describe:

Yo no era una niña graciosa y guapa. Era grande, renegrada del sol, con las piernas como las de un chico, y saltaba las vallas de piedra y me subía a los árboles y luego me tiraba de arriba abajo y me hacía cardenales en las rodillas y arañazos por todas partes, que siempre iba señalada y con las faldas negras rotas. (Giménez Bartlett, 84)

Ya de mayor nos detallará, al igual que Manuel Villar Raso en su novela, su vestimenta claramente femenina, pero aquí, la voz en primera persona que atribuye Giménez Bartlett a Florencio nos dice cómo su atuendo no sólo lo identificaba como mujer sino que procuraba disimular sus rasgos varoniles: “Si hubiera tenido vestidos me

hubieran sentado bien, pero sólo tenía faldas negras y largas y blusas negras también. Me las hacían con el cuello subido porque en la garganta se me marcaba la nuez” (Giménez Bartlett, 123) Como respuesta a preguntas del psiquiatra, dirá que en sus años de juventud ella no se sentía a disgusto con su identidad sexual ni sentía disforia, aunque luego después sí que tuvo claro que quería ser hombre, pero lo asumía con fatalismo, como si no se pudiera hacer otra cosa: “Yo era yo y era como era. No podía escoger. A ver si había escogido algo [...] en toda mi vida. Nada. ¿Iba a escoger la manera en que estaba hecha?” (Giménez Bartlett, 125)

Rápidamente se nos representa como un ser liminal, en los márgenes de una sociedad que la trata como un monstruo. Su vida la hará fuera de los núcleos de población, retirándose a la sierra para cuidar del ganado. Su alejamiento del mundo trae como consecuencia temores y habladurías sobre su figura y su fuerza. Pero Teresa, en esa situación subalterna, en la naturaleza junto al rebaño, se siente cómoda y encuentra su libertad. También allí, su condición de intersexual es vivida como una ventaja que le permite relacionarse de igual a igual tanto con hombres como con mujeres, en una sociedad rural y tradicional con espacios de género excluyentes.

En *Donde nadie te encuentre* la humillación y abuso por parte de los guardias civiles tiene también un lugar intermedio y sirve como desencadenante de su ya conocida unión al maquis y cambio de identidad. Aquí la situación es muy distinta de la descrita en la novela de Villar Raso, pues la autodeterminación no es tan repentina sino más dilatada y razonada y además, facilitada por uno de los maquis. En ella, se aprecia cierta visión inocente y simplificadora de la situación de los transexuales en Europa, propia de la maniquea dicotomía entre la España fascista y el resto de naciones democráticas, justificada por el imaginario político-social que la autora atribuye al maquis. Ahora sabemos que no era tan fácil entonces en el resto de Europa, como tampoco lo es ahora en el estado español, aunque hayan pasado más de 40 años del cambio de régimen político. Carlos, jefe de partida del maquis, le dice que sus padres tenían que haberla llevado al médico y se habría solucionado y ahora aboga con naturalidad tanto su conformación genital e identidad de género²³ como su identidad sexual²⁴. Teresa expresa su incongruencia: “Mi madre me dijo que era una mujer y mujer fui, pero todo lo tengo de hombre: la fuerza, la barba, las maneras, la mala leche” (Giménez Bartlett, 248). A lo que Carlos de nuevo encontrará una explicación en la incultura y sometimiento dictatorial en el que se encontraba la sociedad.

Tras la conversación, el maquis le ofrece unirse a su partida y le pregunta si se siente hombre. Ahí los lectores somos testigos del acto de autodeterminación que desencadena su cambio de sexo: “Pues un hombre serás. Esta noche te vienes conmigo a casa de mi hermana, que es mujer y del maquis, y ella te cortará los pelos y te buscará ropa de hombre. Y Teresa a la mierda, ¿comprendes? ¡A la mierda con ella!” (Giménez Bartlett, 250). La escena se completará con la quema y asunción del nuevo nombre, Florencio, y apodo de guerra, Durruti. Sin embargo, Giménez Bartlett ahondará en la conciencia de sí mismo y en la auto percepción de la figura, aspectos tan importantes en los transexuales que en muchas ocasiones miden su nueva identidad en el grado de *passing* que manifiestan, si a ojos de los demás guardan algún rastro de su pasado: “Yo me iba fijando a ver si me notaban algo raro de que había sido una mujer, pero no, no parecía” (Giménez Bartlett, 252)

²³ “Esas cosas pasan, Pastora, pero en el extranjero no tiene importancia, uno es lo quiere ser” (Giménez Bartlett, 247)

²⁴ “- Pero ¿tú eres maricón? -No. No me gustan los hombres y a las mujeres nunca me he acercado en ese plan.” (Giménez Bartlett, 248)

Consideraciones finales

En las diferencias observadas tras comparar las dos novelas aquí estudiadas, se puede confirmar la salida del gueto por parte del colectivo transexual e intersexual. Aun no siendo una salida sociológica real, sí que lo es culturalmente habida cuenta que los presupuestos conceptuales que desde Foucault y la teoría performativa del género han aparecido en los últimos 50 años ya no son tenidos como extravagancias teóricas de intelectuales militantes sino como capacitadores para comprender nuestra realidad circundante. Giménez Bartlett logra con su novela dotar de verosimilitud histórica y cultural a un intersexual sin que, como era el caso en la novela de Villar Raso, la curiosidad por lo diferente y el morbo sexual tengan más importancia que la difícil construcción identitaria del protagonista Florencio.

En este sentido la teoría de la performatividad de género funciona en el texto de Giménez Bartlett, vemos cómo a partir del momento de la autodeterminación el personaje ya es considerado un hombre en todos los sentidos. En cambio, Villar Raso sigue mostrando ambivalencias, prevaleciendo en él la visión del hermafrodita que mantiene una doble identidad de género sin entender la transformación que ha experimentado Florencio con su cambio de género. Asimismo, esto supone que Villar Raso sigue considerando a Florencio como un monstruo igual que lo hacían los vecinos de la región, mientras que Giménez Bartlett diferencia muy bien los espacios y tiempos: en el pasado, cuando era Teresa, se le consideraba un monstruo y en la clandestinidad la guardia civil y la prensa juegan a reforzar socialmente el mito de La Pastora como monstruo sanguinario y con ambivalencia de género; en cambio, dentro de su agrupación guerrillera y en su binomio de proscritos Florencio conoce la plena aceptación social y crece su autoestima.

Es difícil saber si solamente las transformaciones en la sociedad contemporánea han posibilitado este cambio de perspectiva a la hora de llevar a una novela e intentar hacer comprender el mitificado y distorsionado caso de Florencio Pla Meseguer. Lo que sí es cierto es que hay una gran diferencia entre la novela de Manuel Villar Raso, que se mantiene anclado en un paradigma discriminatorio con respecto a la comunidad LGTBI y que refuerza la concepción de género de la heteronormatividad, y la novela de Alicia Giménez Bartlett, que muestra un marco gnoseológico de género más cercano al que se defiende hoy en día tanto desde las unidades de identidad de género como desde los colectivos de intersexuales y transexuales. Quizás, también aquí como mantiene Dreger con respecto a las investigaciones biomédicas²⁵, la clave está en haber sabido dar voz a un intersexual desde una perspectiva no heteronormativa.

²⁵ Al hilo de las memorias de Barbin, Dreger subraya no sólo la falta de testimonios directos de intersexuales sino el heteronormativismo imperante en el campo de la investigación médica, en muchas ocasiones combatiendo a través de la ciencia las teorías feministas decimonónicas: “The lack of documents written by hermaphrodites and the preponderance of men among biomedical authors means that we trace here the development of a peculiarly masculine, biomedical view of masculinity, femininity, and hermaphroditism” (Dreger, 24)

Obras citadas

- Barbin, A. H. *Mes Souvenirs*. París: Éditions du boucher, 2002.
- Butler, J. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Oxon: Routledge, 1990.
- Calvo Segarra, J. *La Pastora. Del monte al mito*. Vinarós: Antinea, 2009.
- Cohen, J. J. ed. *Monster theory: reading culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996.
- Dreger, A. D. *Hermaphrodites and the Medical Invention of Sex*. Cambridge (Massachusetts) & Londres: Harvard University Press, 1998.
- Fremi, S. *Gender Crossing Tales, a case for myth and metaphore*, Tesis Doctoral. University of Brighton, 2015.
- Foucault, M. *La voluntad de saber. Histoire de la sexualité 1*. París: Éditions Gallimard, 1976.
- . *L'usage des plaisirs. Histoire de la sexualité 2*. París: Éditions Gallimard, 1984.
- . *Le souci de soi. Histoire de la sexualité 3*. París: Éditions Gallimard, 1984.
- . "El sexo verdadero". En A. Serrano ed. *Herculine Barbin llamada Alexina B*. Madrid: Talasa, 1985. 9-20.
- Galeno. *Procedimientos anatómicos*. Madrid: Gredos, 2002.
- Giménez Bartlett, A. *Donde nadie te encuentre*. Barcelona: Destino, 2011.
- Goldschmidt, R. "Intersexuality and the Endocrine Aspect of sex." *Endocrinology* 1 (1917): 433-456.
- Hurley, K. "The Victorian Mummy-Fetish." En M. Tromp ed. *Victorian Freaks: the social context of freakery in Britain*. Ohio: The Ohio State University, 2008.
- Krikorian, G. "Transfobia." En L. G. Tin dir. *Diccionario de Akal de la homofobia*. Madrid: Akal, 2012.
- Kuhn, Th. *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press, 1962.
- Laqueur, Th. *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra, 1994.
- Montaigne, M. de. *Les Essais* (Ed. P. Villey et Saulnier, Verdun L.). Lausanne: Guilde du livre, 1965.
- Ovidio. *Metamorfosis*. Madrid: Cátedra Letras Universales, 1995.
- Platón. *Diálogos III. Fedón. Banquete. Fedro*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 2000.
- Serrano, A. ed. *Herculine Barbin llamada Alexina B*. Madrid: Talasa, 1985.
- Thomson, R. G. ed. *Freakery: Cultural Spectacles of the Extraordinary Body*. New York, NYU Press, 1996.
- Turner, V. *El Proceso Ritual*. Madrid, Taurus, 1988.
- Villar Raso, M. *La pastora: el maqui hermafrodita*. Bilbao: Ediciones Albia, 1978.
- . *La pastora*. Córdoba: Almuzara, 2011.
- Warner, M. ed. *Fear of a queer planet. Queer Politics and Social Theory*. Minneapolis/Londres: University of Minnesota Press, 1993.